

EL OBRERO

Año I.

SEMANARIO INDEPENDIENTE

Núm. 26.

DEDICADO A LA DEFENSA DE LOS INTERESES DEL OBRERO

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN AGUILA, 8.
No se devuelven los originales.
Toda la correspondencia al Director

Mazarrón 23 de Septiembre de 1900

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN

EN MAZARRÓN } Un mes. 0'50 ptas.
Trimestre. 1'50 "
FUERA. . . } Trimestre. 2'75 "

Ya es tiempo

No podrá tachársenos con justicia de exigentes, ni de sistemáticos ni de injustos si, transcurridos ocho meses desde que se promulgó la ley sobre «Accidentes del Trabajo» é «indemnización de la clase obrera» recordamos á los trabajadores que tienen derecho á que se cumpla la ley, y á los patronos que están obligados á cumplirla.

Desde tiempo inmemorial se viene descontando al operario, en la mayoría de los establecimientos mineros, el 2 por % del importe de su trabajo para, con este capital suministrarle el servicio médico-farmacéutico cuando por un accidente queda imposibilitado temporalmente para el trabajo, siempre que el daño sea producido en el establecimiento por causas fortuitas.

Este servicio, aunque ha dejado mucho que desear desde que se estableció, justificaba ese descuento hasta la promulgación de la ley del 30 de Enero del año actual, y hasta cierto punto le era beneficiosa al obrero en algunos establecimientos como la «Compañía de Aguilas», que dá al operario medio jornal diario mientras está imposibilitado, y á algunos cuya incapacidad es permanente, está abonando muchos años la retribución; pero desde que la citada ley fué sancionada y, sobre todo, transcurridos los seis meses posteriores á su publicación en la Gaceta, en cuyo tiempo había de dictar y publicar el Gobierno los reglamentos para su aplicación, no tiene justificación ese descuento.

Nosotros hemos guardado el más absoluto silencio sobre este tan importante asunto para los obreros hasta ver qué medida tomaban las Empresas; hasta ver si de su voluntad abonaban al trabajador su cuenta íntegra, sin descuento alguno; pero viendo que han trascurrido mu-

chos meses y que nada se hace, nos decidimos á abordar la cuestión, primero con toda la moderación y mesura posible y después, si no se nos atiende, con toda la energía y la fuerza que prestan la razón y la justicia.

Sabemos que hay Establecimientos donde al operario se le hace el descuento del 2 por % ó de una peseta mensual contra su voluntad, á cambio de un servicio que para muchos sólo es de nombre y para los restantes deficiente en extremo; porque el trabajador que vive una legua ó más distante de la población, como hay muchos, ¿de que le sirve médico gratuito si no puede utilizar sus servicios porque si le avisa le dirá que no puede, ó si está por complacerle que le traiga un buen carruaje?

Sabemos que de todas estas deficiencias no tienen la culpa las autoridades ni muchas de las Empresas mineras, que la tienen única y exclusivamente los mismos trabajadores porque carecen de unión, de solaridad, de espíritu de asociación, de esa armonía y buena fé que tantos triunfos concede á los obreros de otras regiones; porque carecen de instrucción y cultura y de voluntad para adquirirla; porque desconocen su propio valer, en una palabra. La ignorancia en que viven, engendra la desconfianza mutua y si alguno toma la iniciativa en cualquier asunto, los compañeros, ó le venden delatándole, ó le murmuran desconfiando de él.

Si alguna vez se han atrevido á solicitar algo que en justicia debiera concedérseles, lo han hecho en tan mala forma y tan mal organizado que han quedado fracasados y en ridículo si ridiculizados pueden quedar, y otras veces lo han hecho saliéndose de la ley que es el peor camino.

Nosotros desde estas columnas nos dirigimos á patronos y obreros recordando á los primeros que es-

tán obligados por la ley del 30 de Enero á abonar su jornal íntegro al operario más el medio jornal y el servicio médico-farmacéutico cuando estén imposibilitados para el trabajo por daño producido en el establecimiento, y á los segundos advertimos que deben solicitarlo puesto que es justo, pero con moderación, con el respeto debido, con conocimiento de causa, con razones y con actitud que convenza, jamás con alardes vanos ni con frases inconvenientes, que os harían llevar la peor parte.

El Intermediario

¿Quiénes más felices que Mercedes y Mariano? Jóvenes, amándose, con posición y con una chiquilla rubia y sonrosada que balaceaba ya sus nombres... Hubieron pecado de exigentes pidiendo más.

Llevaban dos años de matrimonio, y nadie lo diría al verlos por la calle cuchicheando alegremente y en casa jugueteando como chiquillos. La posesión había multiplicado su cariño.

Ella, en verdad, era digna de ser dichosa. Guapa, elegante, con buena educación y mejor instinto, delicada en sus gustos y firme en sus afectos, Mercedes había nacido para dar felicidad y recibirla.

¿Y Mariano? Instruido y con talento, de corazón esforzado y carácter enérgico al par que bondadoso, merecía la mujer que la fortuna le deparó.

Como tantos hombres de recto criterio y probada moralidad, sólo tenía una religión, la del trabajo; y un culto, el de honor; mas no se oponía á que su esposa siguiese los impulsos de su conciencia.

Alguna vez ella le indicaba que recibiría gran placer viéndole cumplir con ciertas prácticas religiosas; pero él, sin hacer alardes de indiferencia ni intolerancia, procuraba

convencerla de que debía seguir cada cual por su camino.

Pasado algún tiempo, Mariano comenzó á advertir en su compañera síntomas de inquietud y disgusto, que le alarmaron mucho, por creerlos precursores de alguna enfermedad grave.

La interrogó y consultó á los médicos, respondiéndoles, ella que nada sentía, y ellos, que carecían de fundamento sus temores; con lo cual volvió á quedar tranquilo, y decidióse á hacer un viaje que sus negocios reclamaban.

Durante los dos meses y medio de ausencia, no pasó día sin que el correo trajese á Mercedes una prueba del amor intenso que su esposo la profesaba, contestándole también ella cariñosamente, aunque con cierta frialdad.

Terminado el asunto que le había alejado de su casa, tornó henchido de alegría, encontrando á su esposa más triste que antes, y advirtiéndole que procuraba evitar delicadamente su presencia.

Mariano se volvía loco. Mercedes, la mujer que adoraba y por quien se hubiera sacrificado, la madre de su hija, se apartaba de él... ¿De él, que sólo vivía para ella? ¿Era esto posible?

Los celos, esa pasión negra, rugieron en su pecho, y se dedicó á buscar al hombre causa de su desventura. Disimuló, inquirió... todo en vano. Mercedes era lo que él ya sabía: la honradez personificada. Una santa, que compartía su tiempo entre el cuidado de su hija y la casa de Dios.

¿Qué ocurría allí? Provocaba explicaciones, apelaba á la súplica... Inútilmente. Un día, desesperado, fuera de sí, pronunció palabras que hubiera querido borrar después con su sangre, y el matrimonio quedó moralmente separado.

Por efecto de la preocupación constante en que le tenían sus

